

## *La Mejorana y la independencia cubana: un choque de ideas y liderazgo entre José Martí y Antonio Maceo*

ALINE HELG  
Universidad de Texas en Austin

### RESUMEN

Este artículo reconstruye el último encuentro entre el intelectual blanco José Martí y el general mulato Antonio Maceo en La Mejorana en mayo de 1895, al principio de la Guerra de Independencia de Cuba. En seguida, examina la relación entre Martí y Maceo, basándose en la correspondencia de los dos hombres, y analiza las ideas principales en las cuales ellos concordaron y discordaron. Muestra que, sin duda, Martí se destacaba entre los pensadores latinoamericanos blancos del siglo XIX por sus posiciones sociales progresistas y anti-racistas y por su papel en la formación de la nación cubana. No obstante, Maceo incorporó el proyecto social de muchos negros y mulatos pobres y aseguró la participación de ellos en la guerra. Sus ideas se distinguen de las de Martí en varios temas, notablemente la preponderancia del control militar (y no civil) en la guerra y la prioridad de la igualdad social (no de los derechos civiles) en la futura república cubana.

### ABSTRACT

This article reconstructs the last meeting between the white intellectual José Martí and the mulatto general Antonio Maceo at La Mejorana in May 1895, shortly after the launching of Cuba's War for Independence. It then examines the relationship between Martí and Maceo, on the basis of their correspondence, and discusses the principal questions on which they agreed and disagreed. It shows that, undoubtedly, Martí stood out among nineteenth-century white Latin American thinkers for his antiracist and socially progressive positions and for his role in the making of the Cuban nation. Maceo, however, embodied the social project of many poor blacks and mulattos and secured their participation in the war. His ideas differed from those of Martí on several issues, notably military rather than civil control in the last war for independence, and social equality rather than civil rights in the future Cuban republic.

El discurso político cubano del siglo XX ha usado repetidamente la imagen unida de dos de los líderes más incontestables de la independencia de la na-

ción —al intelectual blanco José Martí y al general mulato Antonio Maceo— para aclarar la supuesta realidad de la igualdad racial en Cuba<sup>1</sup>. Tal representación transforma a Martí como si fuese el «cerebro» —la ideología— de la guerra de independencia cubana —y a Maceo en su «brazo»— en su fuerza física.

El uso de las dos figuras unidas ayuda a ilustrar, de varias maneras, el mito de la igualdad racial. Esconde las serias divergencias entre los dos líderes sobre temas de mayor importancia durante la guerra, como también las muchas ocasiones en que Maceo fue relegado a posiciones subordinadas por su raza. Convierte a Maceo en la verdadera encarnación de la Cuba independiente, libre de prejuicios raciales: después de todo, el mito alega, el hecho de que él haya logrado convertirse en el general más famoso de Cuba Libre a pesar de su ascendencia parcial africana y de su educación formal limitada, es prueba de que el racismo había desaparecido<sup>2</sup>. Además, la imagen unida de Maceo y Martí no cuestiona las jerarquías convencionales porque ella reproduce estereotipos raciales bien establecidos que reconocen la resistencia y la capacidad física de luchar de las personas de ascendencia africana pero que limitan los más altos niveles de inteligencia y análisis a los blancos.

Como resultado, los historiadores le han prestado una atención limitada a la ideología de Maceo y a las diferentes maneras en que Martí y Maceo imaginaron alcanzar la misma meta: la creación de una república democrática cubana. Los historiadores se han inclinado en describir la lucha de Cuba por su independencia como un movimiento unitario con un maestro incontestable, Martí, y un poderoso «Titán de Bronce», Maceo. Martí es recordado como el pensador cuyas ideas de unidad e igualdad hicieron posible la última guerra de independencia de Cuba, después del fracaso de la Guerra de los Diez Años (1868-78), Maceo, como el estratégico perspicaz y el combatiente más valiente en las guerras anti-coloniales cubanas. Sin duda, Martí se destaca entre los pensadores latinoamericanos blancos del siglo XIX por sus posiciones sociales progresistas y antiracistas y por su papel en la formación de la nación cubana. No obs-

<sup>1</sup> Este artículo es una versión revisada de un ensayo que fui invitada a presentar en la Universidad de Wisconsin en Madison en octubre de 1998, en la serie de conferencias y seminarios titulada «At Century's Turn. 1898 and the Legacy of Empire». Quisiera agradecer a Francisco Scarrano y Ada Blanco por su invitación que me dio la oportunidad de hacer esta investigación. Agradezco también a Lillian Guerra, Elena Hernández de Sandoica, Marc McLeod y Michael Hanchard por sus comentarios. Analizo cómo la propaganda separatista de Martí anterior a 1895 fue utilizada después del fin de la última Guerra de Independencia (1895-98) para construir lo que llamo el mito de la igualdad racial en Cuba, en Helg, A. *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995), pp. 16-17, 105-106.

<sup>2</sup> Como ejemplos del uso de este mito, ver «La guerra de razas,» *El Mambí*, 31 de diciembre de 1898; Mario García Kohly en *La Discusión* (La Habana), 4 de enero de 1901; Carlos Baliño, «Hablemos claro» (3 de septiembre de 1905); en Carlos Baliño, *Documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba Anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 1976), p. 87. Sobre desafíos al mito por cubanos negros y mulatos, ver Helg, *Our Rightful Share*, pp. 133-34, 137, 151-54, 159.

tante, Maceo incorporó el proyecto social de muchos negros y mulatos pobres y aseguró la participación de ellos en la guerra. Sus ideas se distinguen de las de Martí en varios temas, notablemente el proceso de la emancipación de los esclavos en la Guerra de los Diez Años, la preponderancia del control militar o del control civil en la guerra de independencia, y la prioridad de la igualdad social o de los derechos civiles en la futura república cubana.

Un evento resume bien las diferencias entre los dos líderes: es la reunión entre Maceo, Martí y el general Máximo Gómez en el ingenio de La Mejorana, cerca de Santiago de Cuba, el 5 de mayo de 1895, en donde no lograron llegar a un acuerdo sobre temas muy importantes en cuanto a la lucha por la independencia. En las palabras del intelectual cubano Pedro Pablo Rodríguez, «La Mejorana fue un choque . . . de concepciones y liderazgo», pero, interesante-mente, un choque que no dividió al movimiento<sup>3</sup>. No es de sorprenderse entonces, que los historiadores hayan vacilado en reconocer esta última reunión divisiva entre Maceo y Martí, los dos líderes que más ejemplarmente simbolizan hoy la lucha cubana por la independencia<sup>4</sup>. La desgana de los historiadores en parte se comprende por la discreción de los propios participantes. Martí, Maceo, y Gómez no divulgaron sus divergencias en aquel momento, y, sin duda alguna, el hecho de que Martí haya muerto luego después, ayudó a prevenir a

<sup>3</sup> Rodríguez, P. P.: «Otro acercamiento a La Mejorana,» *Universidad de La Habana* 246 (enero-diciembre de 1996), pp. 37-42.

<sup>4</sup> Las obras principales que tratan del tema son, en orden cronológico de publicación: Collazo, E.: *Cuba independiente*, La Habana: Imp. y Librería «La Moderna Poesía,» 1900, pp. 137-39; Griñan Peralta, L.: *Antonio Maceo. Análisis Caracterológico*, La Habana: Editorial Trópico, 1936, pp. 57-58; Mañach, J.: *Martí: Apostle of Freedom*. Trad. por Coley Taylor, Nueva York: The Devin-Adair Company, 1950, p. 361; Franco, J. L.: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, 2 vols., La Habana: Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1953, pp. 2:125-133 (el contenido de estas páginas no fue cambiado en las ediciones del libro de Franco posteriores a [cf. 3ª edición; La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 2:114-118]); Aparicio, R.: *Hombradía de Antonio Maceo*, 1966; reimpr., La Habana: Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, 1974, pp. 383-89; Foner, P. S.: *Antonio Maceo. The «Bronze Titan» of Cuba's Struggle for Independence*, Nueva York: Monthly Review Press, 1977, p. 169; Ibarra, J.: *José Martí, dirigente político e ideológico revolucionario*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980, pp. 167-73; Toledo Sande, L.: «Sobre la presencia de Antonio Maceo en el Diario de campaña de José Martí. Apuntes para un estudio,» *Universidad de La Habana* 246 (enero-diciembre de 1996), 71-88, y Toledo Sande, L.: *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1996, pp. 296-301; Elorza, A. y Hernández Sandoica, E.: *La Guerra de Cuba (1895-1898)*, Madrid: Alianza Editorial, 1998, pp. 175-76. No analizo aquí las opiniones distintas y a veces desprovistas de pruebas y contradictorias de estas obras, las cuales merecen un estudio de fondo. El estudio novedoso del pensamiento de Maceo y de sus orígenes masónicos y democráticos por Eduardo Torres Cuevas evita analizar las «contrariedades y, sobre todo, [las] intrigas que provocaron dificultades» entre Maceo y Martí (Torres-Cuevas, E. *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1995, p. 159). Hernández, E.: «La personalidad de Antonio Maceo en la invasión» (1930), en Hernández, E.: *Maceo. Dos conferencias históricas*, La Habana: Instituto del Libro, 1968, pp. 67-69; y Lizaso, F.: *Martí. Martyr of Cuban Independence*. Trad. por Esther Elise Shuler, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1953, p. 248, también evitan el tema de La Mejorana.

Maceo y a Gómez de hacer comentarios públicos que mostrarían la falta de unidad en las fuerzas separatistas.

En este artículo, examino La Mejorana como el último episodio de un largo debate entre dos hombres completamente comprometidos con la independencia cubana quienes murieron sin ver el final de la dominación española, dejando así Cuba Libre huérfana de sus líderes más radicales. Sostengo que las diferencias ideológicas entre Maceo y Martí, demostradas en La Mejorana, ayudan a explicar —junto con el expansionismo norteamericano y los abusos de España— la intervención de los Estados Unidos en la guerra en 1898 y las debilidades subsiguientes de los primeros gobiernos independientes cubanos.

Después de un breve resumen de la lucha por la independencia cubana hasta mayo de 1895, este artículo reconstruye el encuentro en La Mejorana desde la perspectiva de sus participantes, usando principalmente los diarios de Martí y de Gómez y la correspondencia de los tres protagonistas. Infelizmente, estas fuentes no son uniformes, pues solamente Martí da detalles de la reunión. La mención de Gómez es demasiado breve, y Maceo no dejó informe personal sino unas reflexiones en cartas escritas algunas semanas antes y después del encuentro<sup>5</sup>. Como resultado, el punto de vista de Martí es sobre-representado en la documentación existente. En seguida, el artículo examina la relación entre Martí y Maceo, basándose en la correspondencia de los dos hombres, y analiza las ideas principales en las cuales ellos concordaron y discordaron, aprovechando esta oportunidad para subrayar las ideas revolucionarias de Maceo. Finalmente, el artículo estudia brevemente ciertos acontecimientos ocurridos en Cuba Libre entre La Mejorana y la muerte de Maceo en diciembre de 1896 y su impacto en la naciente república cubana.

La Guerra de los Diez Años, la primera guerra de independencia cubana, empezó en 1868, medio siglo después que la mayor parte de Hispano-América, con la excepción de Puerto Rico, había ganado su independencia de España. Dos razones principales explican este retraso: en los años 1810, la economía azucarera de Cuba, basada en la esclavitud, disfrutaba de gran prosperidad; y la élite blanca cubana temía que cualquier desafío al colonialismo español pudiese incitar una revolución parecida a la haitiana, ya que la población libre de color sumada a la de los esclavos, excedía en número a la población blanca. En 1868, las condiciones habían cambiado: la economía azucarera pasaba por una crisis, y los blancos ahora eran más numerosos que los libres y los esclavos de ascendencia africana. La Guerra de los Diez Años fue llevada a cabo en la parte oriental de la

---

<sup>5</sup> José Miró Argenter, un amigo íntimo de Maceo, no participó en el encuentro de La Mejorana y limitó su comentario a una frase señalando el evento (Miró Argenter, J.: *Cuba: Crónicas de la guerra*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 51). Bernabé Boza, el jefe de estado mayor de Gómez, y Fermín Valdés Domínguez, amigo íntimo de Martí desde su infancia, tampoco estuvieron en La Mejorana en 1895 (Boza, B.: *Mi diario de la guerra desde Baire hasta la intervención americana*, La Habana: Imprenta La Propagandista, 1900; Valdés Domínguez, F.: *Diario de un soldado*. 4 vols. La Habana: Centro de Información Científica y Técnica, Universidad de la Habana, 1972-1975).

isla por hacendados blancos cuya sobrevivencia económica estaba en verdadero peligro. Bajo presión popular, ellos declararon la emancipación de todos los esclavos en el territorio rebelde en 1869. No obstante, los hacendados cubanos de la región oeste y central se oponían a la abolición y limitaron la insurrección a Oriente y Camagüey. Además, la participación de la gente libre de color en el Ejército Libertador —no solamente en las tropas sino, de forma creciente, como jefes militares— preocupó continuamente a los líderes separatistas blancos, y fue ésta una de las razones principales por la cual estos últimos negociaron con España el Pacto de Zanjón que terminó la guerra en 1878<sup>6</sup>.

Aparecieron en plena luz las tensiones entre el sector popular multiracial y los conservadores blancos, dentro del movimiento de independencia, en marzo de 1878 cuando Antonio Maceo y otros rechazaron el pacto y emitieron la Protesta de Baraguá, llamando a los orientales a continuar la guerra contra la esclavitud y contra España<sup>7</sup>. Maceo y sus compañeros fracasaron en reunir las fuerzas separatistas dentro y fuera de Cuba, y en 1880 muchos fueron forzados al exilio. El racismo, una vez más, tuvo un papel principal en la derrota de la Guerra Chiquita, la cual se desató prematuramente en agosto de 1879 y terminó nueve meses después con la caída de las fuerzas rebeldes. El general blanco Calixto García impidió que Maceo encabezase su expedición y tomase el mando de Oriente a partir de la opinión de que el movimiento pudiese ser confundido con una «guerra de razas»<sup>8</sup>. Desorganizados todavía más por el servicio de espionaje español y por la represión, y careciendo del apoyo de los exiliados cubanos, los insurgentes orientales se rindieron al ejército español<sup>9</sup>.

En la década de 1880, España promulgó algunas reformas en Cuba para prevenir un nuevo levantamiento. La esclavitud fue completamente abolida en 1886, y fueron otorgados los derechos de igualdad a los negros y mulatos en 1893. No obstante, España continuó negándole la autonomía a su colonia. Mientras tanto, los lazos económicos entre Cuba y Estados Unidos aumentaron dramáticamente.

Durante esos años, los separatistas cubanos se reorganizaron, dentro del país y también desde el exilio. En esta fase, el papel de Jose Martí fue central. Desde los Estados Unidos él creó el Partido Revolucionario Cubano que unió a

<sup>6</sup> Scott, R. J.: *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1985, pp. 45-51, 56-57; Ibarra, J. *Ideología mambisa*, La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972, pp. 54-55, 111-112, 115-120; Ferrer, A. «Esclavitud, ciudadanía y los límites de la nacionalidad cubana: la Guerra de los Diez Años, 1868-1878,» *Historia Social* (Valencia) 21 (1995), pp. 101-25.

<sup>7</sup> Maceo, A.: «A los habitantes del departamento oriental» (25 de marzo de 1878), en Maceo, A. *Ideología política. Cartas y otros documentos*, 2 vols. La Habana: Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, 1950, pp. 1:101-2; Maceo a Julio Sanguinly, 26 de marzo de 1878, en *ibíd.*, pp. 1:103-6.

<sup>8</sup> Citado en Franco, *Antonio Maceo* (1975), pp. 1:187. Ver también Ferrer, A. «Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery, and the Guerra Chiquita, 1879-1880,» *Cuban Studies/Estudios Cubanos* 21 (1991): 37-56.

<sup>9</sup> Franco, *Antonio Maceo*, pp. 1:185-90, 206-7; Foner, *Antonio Maceo*, pp. 92-103.

todos los cubanos a favor de la independencia, sin distinción de clase o raza. El mobilizó a los tabaqueros en la Florida, los cuales se convirtieron en un sector de gran apoyo al Ejército Libertador. Martí también hizo extensa labor de propaganda para asegurar a los blancos de la clase alta que Cuba independiente no se convertiría en otro Haití<sup>10</sup>. Por su parte, Antonio Maceo y el general Máximo Gómez movilizaron activamente, desde el exilio, a los veteranos de las guerras pasadas hacia una nueva insurrección. Uno de sus planes, que incluía expediciones simultáneamente lanzadas desde ultramar, fracasó en 1884. En 1890 Maceo fue autorizado por el gobernador español de regresar por algunos meses a Cuba, donde él revivió el espíritu de la revolución<sup>11</sup>.

Finalmente, un plan viable de insurrección fue organizado por Martí a principios de 1895. Con el consentimiento de los veteranos principales, el comando militar supremo del Ejército Libertador fue entregado al general Máximo Gómez. A finales de enero de 1895, Martí firmó una orden para un levantamiento general en Cuba. El periodista mulato Juan Gualberto Gómez, representante del PRC en La Habana y jefe de la federación cubana de sociedades de la raza de color, estaba a cargo de coordinar el movimiento en la isla. La última Guerra de Independencia empezó el 24 de febrero de 1895, pero la rebelión fue plenamente exitosa sólo en Oriente, la región con una significativa población de ascendencia africana y una tradición de lucha contra España y en la cual la influencia de Maceo era dominante<sup>12</sup>. Mientras tanto, José Martí se juntó con Máximo Gómez en Montecristí, en la República Dominicana, con el propósito de invadir a Cuba. La tarea de Maceo era de hacer lo mismo con otro grupo de exiliados desde Costa Rica. No obstante, ya que Maceo solicitó más fondos de los que Martí distribuyó, Martí pasó por alto la autoridad de Maceo y le encargó la expedición de Costa Rica al general Flor Crombet, también un mulato pero de menor calibre, lo cual lastimó profundamente a Maceo<sup>13</sup>. Simultáneamente, Martí escribió el Manifiesto de Montecristí, o el mensaje del PRC anunciando al pueblo cubano una guerra justa contra el colonialismo español, que él y Máximo Gómez firmaron el 25 de marzo.

El documento planteó la necesidad de un gobierno civil a principios de la guerra, a fin de asegurar el apoyo de la élite blanca cubana y de las naciones ex-

<sup>10</sup> José Martí, «Nuestra América» (1891), en José Martí, *Obras completas*, 27 vols., La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 6:15-23; Martí, «El Partido revolucionario a Cuba» (1893), en *ibíd.*, pp. 2:335-49; Los textos de Martí que forman la base del mito de la igualdad racial en Cuba son: «Mi raza» (*Patria*, 16 de abril de 1893), en *ibíd.*, pp. 2:298-300; y «Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití» (1894), en *ibíd.*, pp. 3:103-6.

<sup>11</sup> Ver Helg, *Our Rightful Share*, pp. 50-51.

<sup>12</sup> Para una historia general de la guerra, ver Foner, P. S., *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism, 1895-1902*, 2 vols., Nueva York: Monthly Review Press, 1972; Dirección política de las F.A.R., ed., *Historia de Cuba*, 1967; reimpr., La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1971, pp. 334-513; Pérez, Jr. L. A.; *Cuba between Empires, 1878-1902*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1983, pp. 39-227; Thomas, H. *Cuba: The Pursuit of Freedom*, Nueva York: Harper & Row, 1971, pp. 310-414.

<sup>13</sup> Foner, *Antonio Maceo*, pp. 164-65. Flor Crombet murió en combate poco después de llegar a Oriente, el 21 de abril de 1895.

tranjeras a la causa de la independencia y prevenir una dominación negra y una dictadura militar<sup>14</sup>. Después del desembarco el 1º de abril de 1895 de Antonio Maceo, su hermano José, Flor Crombet, y otros exiliados, la insurrección entró en una nueva fase. Mientras el grupo de Maceo procedía hacia el interior de la provincia de Oriente, jefes veteranos, grupos rebeldes, y reclutas nuevos se ponían bajo el mando de Maceo. En cuestión de un mes, lo que había comenzado por ser un movimiento disparejo se convirtió en un ejército insurgente de varios miles de hombres que carecían de armas y uniformes pero no de entusiasmo. José Martí y Máximo Gómez desembarcaron en La Playita en Oriente diez días después de Maceo. Su pequeño grupo labró poco a poco su camino hacia las tropas de Maceo. A fines de abril de 1895, Martí dio un paso más hacia la formación de un gobierno civil al llamar a los «representativos de todas las masas cubanas alzadas» a formar una asamblea para elegir el gobierno de la nueva república. Para su sorpresa, Gómez concordó con esa decisión<sup>15</sup>. No obstante, Martí anticipó la resistencia de Maceo, y dos días antes de encontrarse con él en La Mejorana, le mandó una carta, firme pero afectuosa, que enfatizaba el menester de establecer una «propia autoridad» en Cuba Libre trabajando «con una sola mente» con el ejército militar contra el enemigo. Martí no fue muy explícito sobre la forma de este gobierno, a excepción de que debía ser «simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable . . . sin peligro de choque» con el ejército<sup>16</sup>. Finalmente, el 5 de mayo, Martí y Gómez se encontraron con Maceo en su cuartel general en La Mejorana para discutir sobre estrategia militar. Martí murió el 19 de mayo de 1895 en una escaramuza contra tropas españolas, cuatro meses antes de que los delegados de Cuba Libre eligieran un gobierno civil.

Bajo la anotación de «5 de mayo,» el encuentro en La Mejorana es relatado en el diario de Martí de una manera intensa pero incompleta. Algunos vacíos son voluntarios, ya que Martí evitó escribir cualquier información que pudiese beneficiar al enemigo<sup>17</sup>. Además, las páginas que corresponden al 6 de mayo, las cuales pudiesen haber contenido más información sobre el evento, han desaparecido del archivo de Máximo Gómez donde el documento fue encontrado<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> José Martí y Máximo Gómez, «Manifiesto de Montecristi» (El Partido Revolucionario Cubano a Cuba, 25 de marzo de 1895), en Martí, *Obras completas*, p. 4:99.

<sup>15</sup> Martí a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, 30 de abril de 1895, en Martí, *Obras completas*, pp. 4:143-44.

<sup>16</sup> Martí a Antonio Maceo, 3 de mayo de 1895, en Martí, *Obras completas*, p. 4:161.

<sup>17</sup> Ezequiel Martínez Estrada, «Prólogo,» en Martí, *J. Diario de campaña*, n.p.: Vaconmigo, 1971, pp. 8-9.

<sup>18</sup> Martí, J.: *Diario de campaña. Edición facsimilar*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985, pp. 55-57. Existen varias ediciones de este documento, publicadas a partir de 1940. Escogí ésta porque es un facsímil del original con su transcripción. En 1941, el Ministerio de Educación de Cuba y el Instituto Cívico Militar patrocinaron la publicación de 30.000 copias del diario de Martí para ser distribuidas gratuitamente en las escuelas públicas y privadas y en los centros culturales de Cuba *Diario de José Martí. De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, Ceiba del Agua: Imprenta Escuela del Instituto Cívico Militar, 1941.

También, Martí solamente se enfoca en el intercambio entre él y Maceo y comenta muy poco sobre el papel que Gómez desempeñó en el encuentro. Entre las anotaciones positivas, Martí relata que la población alrededor de La Mejorana quedó deleitada al ver a él y a Gómez y los admiraban. No obstante, inmediatamente introduce a Maceo como triunfante y un poco vanaglorioso: «con un caballo dorado, en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa y con estrellas»<sup>19</sup>. Al principio, «Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí». Poco después, ellos le llaman: «que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes,—y una Secretaría General:— la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como secretaria del ejército»<sup>20</sup>. Maceo, entonces, apoyaba la concentración de todos los poderes en el ejército durante la guerra; posición que contradecía la de Martí quien creía necesario aun en esta etapa un gobierno civil independiente del ejército.

Fueron a un cuarto para continuar hablando, pero, según Martí, no pudo hacer cambiar de opinión a Maceo: «pero V. se queda conmigo o se va con Gómez?», preguntó Maceo, quien continuó interrumpiendo a Martí, «como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante». En otras palabras, Maceo vió en la propuesta de Martí una causa tangible de una repetición del fracaso de la Guerra de los Diez Años, en la cual las rivalidades internas del gobierno civil y sus preponderancias sobre la jefatura del ejército desempeñaron un papel principal. Martí inmediatamente agrega: «Lo veo herido —«lo quiero —me dice— menos de lo que lo quería» por su [la de Maceo] reducción a Flor [Crombet] en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros»<sup>21</sup>.

A este punto Martí relata que él sugirió continuar su debate con Maceo ante los delegados que iban a elegir el gobierno. Pero la discusión pasó al tema del modo de selección de los delegados. Maceo no aceptó que cada jefe de operación mandara un representante de su propia fuerza. En vez de eso, afirmó que él mismo mandaría a los cuatro representantes de Oriente: «dentro de 15 días estarán con Vds. —y serán gentes que no me las pueda enredar allá el doctor Martí»<sup>22</sup>. En la mesa, servida abundantemente con gallina y lechón, volvieron al tema. «Me hiera, y me repugna», escribió Martí,

«comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marear, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo rudo: el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir»<sup>23</sup>.

<sup>19</sup> Martí, *Diario de campaña*, p. 51.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 53. Aquí y en el resto del artículo se reproduce la puntuación de Martí.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 55.



En efecto, sin resolver el conflicto, Maceo terminó el almuerzo abruptamente, diciendo que «ha de andar seis horas. Allí, cerca, están sus fuerzas: pero no nos lleva a verlas: las fuerzas reunidas de Oriente». En lugar de eso, Maceo mandó a Martí y a Gómez «con la escolta mohína» a pasar la noche «a otro rancho fangoso, fuera de los campamentos, abierto a ataque . . . Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos»<sup>24</sup>.

Al siguiente día, no obstante, Martí y Gómez encontraron accidentalmente una pequeña escuadra de rebeldes, y Maceo les invitó a revistar sus tropas. En una carta privada, Martí expresó su entusiasmo al ver a la caballería y a los tres mil soldados de Maceo<sup>25</sup>. El 12 de mayo, Martí escribió su última carta a un Maceo «lleno de triunfos y esperanza» a quien él admiró por ser capaz de movilizar y organizar miles de hombres listos para pelear por Cuba en unas pocas semanas; hazaña que él y Gómez no lograron hacer en el área de Bayamo. Martí también insistió en la necesidad de divulgar rápidamente la revolución a toda la isla antes de que el ejército español pudiese reaccionar<sup>26</sup>. En el día antes de su muerte, en una carta inconcluída a un amigo, Martí discute de nuevo el tema del control civil versus el control militar durante la guerra, esta vez colocando énfasis en la autonomía del ejército:

«La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana... Pero en cuanto a formas [del gobierno de la república], caben muchas ideas».

Además agregó, proféticamente, «Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agraría mi oscuridad»<sup>27</sup>.

Como ya se había mencionado, Antonio Maceo solamente dejó cartas apartadas para reconstruir sus pensamientos sobre el encuentro en La Mejorana. En una carta a su esposa María Cabrales, escrita antes de su partida de Costa Rica, él explicó por qué no afrontó abiertamente a Crombet y opuso la decisión de Martí en cuanto a la dirección de la expedición a Cuba:

<sup>24</sup> Ibid.

<sup>25</sup> Martí a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, 9 de mayo de 1895, en Martí, *Obras completas*, pp. 20:230. Máximo Gómez confirma estos hechos en su diario de campaña. Menciona el almuerzo que él y Martí compartieron con Maceo el 5 de mayo en La Mejorana, pero no describe el contenido de su conversación. Sólo escribe que después del encuentro, Maceo les condujo fuera de su campamento, dejándoles pasar la noche «solos y desamparados, apenas escoltados por 20 hombres bisoños y mal armados». Al día siguiente, «confusos y abismados con la conducta del General Antonio Maceo, tropezamos con una de las avanzadas de su campamento de más de dos mil hombres y fuerza nos fué entrar. El General se disculpó como pudo, nosotros no hicimos caso de las disculpas como lo habíamos hecho del desaire y nuestra amarga decepción de la víspera quedó curada con el entusiasmo y respeto con que fuimos recibidos y vitorizados por aquellas tropas» Gómez, M. *Diario de campaña, 1868-1899*, La Habana: Instituto del Libro, 1968, pp. 281-82).

<sup>26</sup> Martí a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos; Martí a Maceo, 12 de mayo de 1895, en *ibíd.*, pp. 4:164-65.

<sup>27</sup> Martí a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, en *ibíd.*, pp. 4:169-70.

«He pasado tantas amarguras, estoy pasando tantos disgustos y sinsabores, que tengo el alma llena de penas y tristezas, por los que tanta mezquindad abrigan en su corazón, disfrazados casi siempre con pulimento de bondad. Cómo engañan los hombres pocos leales a sus amigos! También contigo quiero guardar silencio; no deseo que sufras con la horrible tempestad que ha empezado a subirse en mi cabeza»<sup>28</sup>.

No obstante, cuando desembarcó en Cuba, Maceo asumió el comando del ejército en Oriente. Con el general Martínez Campos, el español astuto que consiguió que el gobierno civil cubano aceptara el Pacto de Zanjón en 1877, de nuevo en el puesto como el capitán general de Cuba, Maceo inmediatamente proclamó una orden de sentenciar a la pena de muerte a cualquiera que entrase en negociación con España<sup>29</sup>. Maceo informó a Gómez de este decreto cuando Martí y él desembarcaron; algunos meses después, Maceo escribió que los dos aprobaron pero no sin «unas restricciones que me hacen sospechar algún disgusto de su parte; pero no me hablaron del mando que había asumido [en Oriente]»<sup>30</sup>. En otra carta a su esposa, Maceo relató brevemente que para el 30 de abril «Tengo seis mil hombres bien armados y con mucho parque, mucho territorio dominado, mucha gente en sus propias casas, manejados civilmente. El 15 [de mayo] tendré doce mil hombres armados y conquistado mucho territorio»<sup>31</sup>. No hizo mención alguna del encuentro en La Mejorana, y sólo mencionó a Martí en una breve carta que mandó el 31 de mayo a Bartolomé Masó, un veterano de la Guerra de los Diez Años y un hacendado rico de origen catalán, en la cual expresó la urgencia de que los dos se encontraran después de «la lamentable muerte de José Martí»<sup>32</sup>.

Solamente en julio de 1895 Maceo alude a La Mejorana, en otra carta mandada a Masó la cual incluía la orden de Gómez de que ambos dejaran Oriente, Maceo para lanzar la invasión a occidente con los mejores jefes, y a Masó para ir a la provincia de Camagüey. Maceo se preocupó que como resultado «la dirección nacional del país» quedaría «acéfala» y Oriente sin líderes principales, lo que daría «lugar al desaliento general» y al «desenvolvimiento del bandidaje» y beneficiaría a España. Agregó:

«Si bien es verdad que a la llegada del general Gómez y Martí, creí un lujo prematuro la formación del Gobierno, también lo es el que lo creo hoy de imperiosa necesidad como prestigio y conveniencia de la revolución ya desenvuelta; hecho que pide toda la gente de [Oriente]»<sup>33</sup>.

<sup>28</sup> Maceo a María Cabrales, 25 de marzo de 1895, en Maceo, *Ideología política*, p. 2:20).

<sup>29</sup> Maceo a Alfonso Goulet, 20 de abril de 1895; Maceo a José Miró Argenter y a Jesús Rabí, 21 de abril de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:25-27.

<sup>30</sup> Maceo a Salvador Cisneros Betancourt, 8 de septiembre de 1895, en *ibíd.*, p. 2:66.

<sup>31</sup> Maceo a María Cabrales, 30 de abril de 1895, en *ibíd.*, p. 2:32.

<sup>32</sup> Maceo a Bartolomé Masó, 31 de mayo de 1895, en *ibíd.*, p. 2:35.

<sup>33</sup> Maceo a Masó, 14 de julio de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:42-44.

Solamente con un gobierno constituido podría la Junta en Nueva York argumentar a favor del reconocimiento de la beligerancia según la definición de las leyes internacionales. También, la revolución progresaba rápidamente y encontraba poca resistencia de España, y Maceo no veía evidencia de discordias similares a las de los años 1870 sino «unidad de pensamiento y de miras» entre los líderes en Cuba, lo cual le hizo creer que la victoria estaba cerca<sup>34</sup>. Pero el gobierno, para ser viable, requería de «jefes aptos y buenos» para dirigir al ejército en los territorios ya liberados<sup>35</sup>. Maceo esperaba que el gobierno que iba a ser formado por los delegados de la Asamblea de Camagüey fuese «ligero», dirigido por un militar, Masó, y compuesto por sólo tres ministros —los de guerra, de interior, y de relaciones<sup>36</sup>.

Recientemente, el historiador Luis Toledo Sande ha citado esta carta de Maceo para concluir su examen de La Mejorana con un final feliz: tres meses después del encuentro, Maceo hubiese reconocido la rectitud de la posición de Martí, lo cual comprobaba la unidad de los puntos de vista de ambos hombres para la posteridad<sup>37</sup>. No obstante, tal análisis no señala que justo antes de su muerte, Martí aparentemente le había concedido a Maceo que durante la guerra el ejército debería ser fuerte e independiente de un gobierno civil<sup>38</sup>. También ignora que el apoyo que Maceo dio para la formación de un gobierno civil no sobrevivió la elección de la Asamblea: de septiembre 1895 hasta su muerte Maceo abogó de nuevo por la supremacía del ejército durante la guerra. Además, la tesis de Toledo subestima el hecho de que, desde principios de la década de 1880, los dos líderes ya discordaban en cuanto al control civil versus el control militar durante la guerra.

Sin duda, Martí y Maceo se respetaban, pero su relación nunca había sido fácil. Enrique Collazo, al escribir en 1900, reparó que la «enemistad de [Maceo] con Martí era antigua», y que había empeorado por la decisión de Martí de encomendar la expedición de Costa Rica a Crombet. «Si Maceo admitía sin esfuerzo a Gómez como jefe superior, no sucedía lo mismo con respecto a Martí. Además, para con Maceo, Gómez era complaciente; Martí por el contrario, era celoso de su autoridad»<sup>39</sup>. Toledo, al escribir casi un siglo después, especula que la perspectiva ambivalente de Maceo hacia Martí emerge tan temprano como 1879. Ya que la participación de Martí en la organización política de la Guerra Chiquita fue activa, Maceo lo pudo haber asociado con la decisión de Calixto García, motivada por consideraciones raciales, de impedirle que encabezara las operaciones en Oriente<sup>40</sup>. Aunque esta tesis no está documentada,

<sup>34</sup> Maceo a Enrique Trujillo, 28 de agosto de 1895, en *ibíd.*, p. 2:57.

<sup>35</sup> Maceo a Masó, 14 de julio de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:42-44.

<sup>36</sup> Maceo a Máximo Gómez, 26 de julio de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:46-47; Maceo a Gonzalo de Quesada, 31 de julio de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:47-49.

<sup>37</sup> Toledo Sande, «Sobre la presencia de Antonio Maceo,» p. 87; y Toledo Sande, *Cesto de llamas*, pp. 300-1.

<sup>38</sup> Martí a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, en Martí, *Obras completas*, pp. 4:169-70.

<sup>39</sup> Collazo, *Cuba independiente*, pp. 137-39.

<sup>40</sup> Sande, «Sobre la presencia de Antonio Maceo,» pp. 86-87.

existe evidencia de que Martí tendía a percibir a Maceo como el jefe militar de los negros y mulatos que favorecían la independencia, en lugar de verle como a uno de los líderes principales de la nación entera. Las cartas que Martí le escribió simultáneamente a Gómez y a Maceo en julio de 1882, son indicativas de este matiz. Martí las escribió para convencerles de la validez de su plan revolucionario. Al dirigirse a Gómez, Martí halló necesario empezar por introducirse y por demostrar su profundo aprecio por el general, para después explicar su programa político y militar<sup>41</sup>. Al dirigirse a Maceo, Martí escribió una carta más corta, dirigida al «soldado más bravo [y] cubano más tenaz» sin el cual una nueva revolución no era posible, dada «la especial y prominente manera a que le dan derecho sus merecimientos». El no se introdujo («Flor Crombet se lo dirá») y dijo repetidamente que no tenía tiempo para detallar su plan. En vez de eso, él escribió:

«No tengo tiempo de decirle, General, como a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y como ésta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuos [sic] de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado. Para mi es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal él que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada».<sup>42</sup>

Maceo expresó sorpresa en su respuesta, y tal vez algo de molestia al notar que Martí le preguntaba sobre su disposición de luchar de nuevo por la independencia cubana, lo que equivalía a dudar de su patriotismo. Le contestó que si Martí le hubiese conocido intimamente, él no le hubiese hecho esta pregunta. Maceo subrayó que según él «se necesitan unidad de acción, organización y dinero . . . unidad moral y política» para la nueva lucha. A su parecer, la nueva organización debería unir la voluntad del pueblo cubano y ser por encima de «las perturbadoras ideas de partido». Maceo pensaba que nadie mejor que Máximo Gómez estaba en posición de dirigir el movimiento de independencia<sup>43</sup>. Verdaderamente el dominicano Gómez, un blanco de raíces campesinas humildes, tenía una autoridad indiscutible entre los cubanos de todas las clases y colores. Según Maceo, él era el único líder capaz de reconciliar a los antiguos rivales y de ahogar «las preocupaciones sociales [raciales], que en gran parte coartaron mis servicios a la causa de Cuba»<sup>44</sup>. Maceo le dijo a Martí que él estaba listo para tomar la posición que sus compañeros en armas le encargaran, y que el ejército estaba preparado para la batalla. No obstante, Maceo consideró que el papel de Martí debería estar fuera de la lucha armada en Cuba y debería someterse a ella: su papel sería de preparar moralmente al pueblo cubano para

<sup>41</sup> Martí a Gómez, 20 de julio de 1882, en Martí, *Obras completas*, pp. 1:167-71.

<sup>42</sup> Martí a Maceo, 20 de julio de 1882, en *ibíd.*, pp. 1:171-73.

<sup>43</sup> Maceo a Martí, 20 de noviembre de 1882, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:206-8.

<sup>44</sup> Maceo a Anselmo Valdés, 6 de julio de 1884, en *ibíd.*, p. 1:245.

una insurrección general a través de una revolución de ideas. Su propaganda debería ser constructiva, sustentando el principio de independencia entre los que ya se oponen al colonialismo y promovándolo entre otros; debería tratar de «la cuestión social y económica, de la situación política de Cuba y España, de la esclavitud y sus conservadores, de las preocupaciones sociales entronizadas para gobernar la Colonia y hacer en ella mezquinas divisiones»<sup>45</sup>. No obstante, la insurrección debería ser dirigida «en horas oportunas» por «nosotros [los compañeros en armas] en condiciones de lucha formal»<sup>46</sup>, «hasta que por lo menos la mayoría del país crea necesaria la guerra». Además, la consulta con los otros líderes era requerida, de lo contrario «podría sospecharse que pretendemos ser designados»<sup>47</sup>. A pesar de que Maceo reconocía que la guerra no podía triunfar sin el apoyo de la propaganda y de las comunidades exiliadas, su mayor aprecio era hacia los que habían peleado con armas en las manos en las guerras pasadas<sup>48</sup>.

Martí compartía con Maceo el temor de que una reanudación prematura de la guerra contra España sería un fracaso total. No obstante, al contrario de Maceo, asignó un papel fundamental a las comunidades exiliadas y dio preferencia a la organización política sobre la organización militar en el proceso. Martí insistió que, ante todo un partido revolucionario fuerte y unido debería ser formado, a fin de prevenir «aquellas perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas, ni aquellas jefaturas espontáneas, tan ocasionadas de rivalidades y rencores». Así el partido sería un bastión contra el militarismo y el divisionismo. También debería ser moderado políticamente para que en Cuba la «mucha gente de pensamiento» y esos «muy pegados a sus intereses» no vieran riesgo alguno para ellos en la república, de otra manera ellos apoyarían la anexión a los Estados Unidos<sup>49</sup>.

Las tensiones entre Maceo y Martí aumentaron en 1883 y 1884, cuando Gómez y Maceo preparaban un nuevo plan de guerra que daba poderes completos a la jefatura militar. Martí reaccionó violentamente, acusándoles de planear imponer en Cuba un régimen de despotismo personal, peor que el colonialismo español. Tuvo palabras poco clementes para Maceo, quién supuestamente «quiso—locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de [Gómez]»<sup>50</sup>.

En 1886, no obstante, el fracaso del plan Gómez-Maceo de invasión múltiple de Cuba llevó a los dos líderes militares a una breve separación. Maceo empezó a conceder más importancia a los centros emigratorios y a la organización política, notablemente por la formación de un «Partido Independiente». Ahora él concebía una doble jefatura: el jefe de la guerra, el cual Gómez con-

<sup>45</sup> Maceo a Cirilo Pouble Allende, 24 de noviembre de 1883, en *ibíd.*, p. 1:227.

<sup>46</sup> Maceo a Martí, 20 de noviembre de 1882, en *ibíd.*, pp. 1:206-8.

<sup>47</sup> Maceo a Félix Govín, 16 de junio de 1883, en *ibíd.*, pp. 1:213-15.

<sup>48</sup> Maceo a Ramón Leocardio Bonachea, [n.d.] octubre de 1883, en *ibíd.*, pp. 1:221-23.

<sup>49</sup> Martí a Gómez, 20 de julio de 1882, en Martí, *Obras completas*, pp. 1:167-71.

<sup>50</sup> Martí a Gómez, 20 de octubre de 1884, en *ibíd.*, pp. 1:177-80.

tinuaría de ser, y el jefe del partido elegido democráticamente. Pero la autoridad suprema aún era militar: el papel del jefe del partido era de coordinar el apoyo de los centros de emigrados y de preparar pequeños grupos bajo mando militar para invadir simultáneamente la isla. Los líderes en Cuba declararían la insurrección general, seguida rápidamente por la movilización del nuevo Ejército Libertador formado por veteranos de las guerras pasadas, reclutas nuevos, y miembros de las expediciones de exiliados<sup>51</sup>.

Durante estos años, Martí denunció repetidamente el militarismo que percibía en los planes de Gómez y Maceo<sup>52</sup>. Finalmente, en 1887 él propuso su propio plan, el cual, al contrario del de Maceo, insitió en las metas democráticas de la independencia y demandó una declaración de «desinterés, civismo y subordinación al bien patrio del ejército». El plan de Martí dio prioridad al trabajo de propaganda en Cuba; en seguida recomendó «organizar, con la unión de los Jefes afuera . . . la parte militar de la expedición» y en tercera posición realizar la unión democrática y solidaria de las comunidades de emigrados. El movimiento debería prevenir dos peligros principales: primero, «que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra»; y segundo, que el anexionismo debilite la solución revolucionaria<sup>53</sup>.

Martí sometió su proyecto a la aprobación de algunos veteranos, incluyendo a Gómez y a Maceo, quienes le dieron su apoyo. Como en 1882, Maceo encontró necesario enfatizar en su respuesta que su meta siempre había sido «la unión cordial, franca y sincera de todos los hijos de Cuba», de otra manera no se lograría la independencia<sup>54</sup>. Muy probablemente, él temió que las calumnias que se le habían levantado sobre su supuesto plan de formar un dictadura negra en Cuba hubiesen afectado a Martí. A pesar de aprobar el plan de Martí, Maceo continuó a considerar necesario que el ejército tuviese el poder supremo durante la guerra. Maceo no imaginaba la misión de Martí más allá que la de «noble propaganda» con el fin de conseguir la unificación del movimiento<sup>55</sup>. Durante su estancia en Cuba, a principios de 1890, Maceo preparó secretamente el terreno para una nueva guerra. Visitó a intelectuales, sociedades de color, y grupos de veteranos de guerra y encontró al país listo para reanudar la lucha. Estimó que en dos o tres meses, los rebeldes podrían ser organizados, pero ninguna insurrección debería ser lanzada antes del regreso al país de la «gente de acción»<sup>56</sup>. En cuanto a Mar-

<sup>51</sup> Maceo a Justo M. Parraga, 13 de agosto de 1886, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:328; Maceo a José A. Rodríguez, 1 de noviembre de 1886, en *ibid.*, pp. 1:356-62.

<sup>52</sup> Por ejemplo, Martí a Máximo Gómez, 20 de octubre de 1884, Martí, *Obras completas*, pp. 1:177-80; «Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en *Masonic Temple*, Nueva York» (10 de octubre de 1887), en *ibid.*, pp. 4: 215-26.

<sup>53</sup> Martí a Gómez, 16 de diciembre de 1887, en *ibid.*, pp. 1:217-22. My italics.

<sup>54</sup> Maceo a Martí, 4 de enero de 1888, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:373-74.

<sup>55</sup> Maceo a Martí, 4 de enero de 1888, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:373-74.

<sup>56</sup> Maceo a José Rogelio Castillo Zuñiga, [marzo] 1890, en *ibid.*, pp. 1:381-82.

tí, a principios de 1890, organizó activamente a las comunidades de emigrados según principios democráticos. El también les amplió su base social al darle atención especial a los tabaqueros de la Florida. Este trabajo político culminó con la creación del PRC en 1892 y la elección por las comunidades exiliadas en los Estados Unidos de Martí como delegado o presidente, mostrando nuevamente su preferencia por la organización civil<sup>57</sup>.

Al aumentar las preparaciones para una nueva insurrección, el desacuerdo entre los líderes dio precedencia a la unidad. En septiembre de 1892, Martí le pidió a Gómez que apoyara al PRC y que se convirtiera en el jefe supremo de la guerra, encargado de organizar al Ejército Libertador «con métodos ejecutivos y espíritu republicano»<sup>58</sup>. A mediados de 1893, Maceo aprobó el plan de guerra de Martí. Los dos hombres sabían que tenían que superar sus diferencias para conseguir la independencia. En 1894, por ejemplo, Maceo criticó fuertemente a Enrique Trujillo por debilitar y dividir al movimiento al atacar a Martí por el simple hecho de que éste se haya opuesto al plan de Gómez y de Maceo en los años 1880: «La guerra que Ud. hace al Sr. Martí es un crimen de lesa patria». Agregó que él mismo siempre tendría gran aprecio por cualquiera que trabajara por la meta común de la independencia<sup>59</sup>. Simultáneamente, Martí expresó públicamente su admiración por Maceo, aunque teñida con condescendencia. «Y hay que poner asunto en lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo,» escribió en un artículo escrito antes de visitarle en Costa Rica<sup>60</sup>.

Sin embargo, el lanzamiento de la guerra de independencia no pudo borrar más de una década de relaciones difíciles. Viejas cicatrices reaparecieron a principios de 1895, cuando Martí le encargó a Crombet la expedición de Costa Rica, y Maceo pensó que Martí sería más útil en el exilio que en Cuba. Por esta razón, cuando los dos líderes no concordaron en cuanto al tema de control militar o civil de la guerra, ellos claramente reasumieron un debate que había empezado hace mucho tiempo. Además, sus ideas contrarias reflejaban su diferente experiencia de vida y su posición socioracial personal.

Antonio Maceo, nacido en 1845 cerca de Santiago de Cuba, pertenecía a una familia con ascendencia africana de largo linaje libre. La familia vivía de la comercialización de productos agrícolas de sus tierras. Además de ellos mismos, sólo empleaban unos pocos trabajadores libres, y satisfacían sus necesidades básicas. Ellos sabían leer y escribir pero no habían tenido acceso a una educación formal<sup>61</sup>. José Martí, ocho años más joven que Maceo, era el hijo de

<sup>57</sup> Lamore, J.: *José Martí et l'Amérique*, 2 vols. (Paris, L'Harmattan, 1986), p. 1:163; Gray, R. B.: *José Martí, Cuban Patriot* (Gainesville, University of Florida Press, 1962), p. 25; Pérez, *Cuba between Empires*, p. 17.

<sup>58</sup> Martí a Gómez, 13 de septiembre de 1892, en Martí, *Obras completas*, pp. 2:160-64.

<sup>59</sup> Maceo a Enrique Trujillo, 22 de agosto de 1894, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:417-18.

<sup>60</sup> Martí, «Antonio Maceo» (*Patria* [Nueva York], 6 de octubre de 1893), en Martí, *Obras completas*, p. 4:454.

<sup>61</sup> Torres-Cuevas, *Antonio Maceo*, pp. 12-19.

inmigrantes españoles modestos. A pesar de que su familia no era libre de preocupaciones financieras, él pudo recibir una educación primaria y secundaria en La Habana<sup>62</sup>.

El inicio de la Guerra de los Diez Años les alcanzó en diferentes etapas de la vida: iniciado en la francmasonería que favorecía la independencia, Maceo dejó su granja para unirse a la rebelión en 1868 y peleó hasta que fue forzado al exilio después de rechazar el Pacto de Zanjón en 1878. Luego después adquirió conocimiento intelectual por su propio esfuerzo. En 1890 estuvo de regreso en Cuba por algunos meses, lo cual le permitió visitar a líderes y gente común. Cuando estuvo en exilio en Costa Rica en los años 1890, organizó exitosamente la colonización agrícola por familias cubanas de la Península Nicoya<sup>63</sup>. En 1869, con sólo dieciseis años de edad, Martí escribió a favor de la independencia desde La Habana. Arrestado por las autoridades coloniales, pasó seis meses en la penitenciaría antes de ser mandado al exilio en España, donde se licenció en derecho y letras. Entre 1870 y 1895, Martí se ganó la vida como periodista, poeta, y ensayista en España, México, Honduras, y, de 1880 a 1895, en los Estados Unidos. Hasta su llegada a Oriente en abril de 1895, se le fue permitido permanecer en Cuba solamente desde agosto 1878 hasta septiembre 1879<sup>64</sup>.

Con menos de un año de su vida adulta en su tierra natal, el conocimiento de Martí sobre Cuba fue construido a base de recuerdos de infancia, contactos con otros exiliados y trabajadores emigrados, y lecturas abundantes. Particularmente, su percepción de los negros y mulatos cubanos se formó mayormente durante su niñez en La Habana y Hanábana, un lugar de producción azucarera esclavista en la provincia de Matanzas. Es bien conocido el episodio de 1862 en el cual con sólo nueve años, Martí presencié con horror el desembarco ilegal de esclavos africanos, un episodio que selló su compromiso con la abolición de esclavitud. Durante su encarcelamiento en Cuba en 1870, Martí observó personalmente el sufrimiento de los esclavos en la prisión. De esta manera, sus imágenes de los negros cubanos eran imágenes de esclavitud, explotación, y miseria. En el exilio a partir de 1870, Martí tuvo contactos limitados con cubanos de ascendencia africana: algunos líderes intelectuales y militares, tales como Rafael Serra, Juan Gualberto Gómez, Antonio Maceo, y Flor Crombet, y algunos tabaqueros emigrados. Sin embargo, las ideas de Martí sobre los negros y las relaciones raciales en Cuba después de la esclavitud, se construyeron principalmente a partir de sus experiencias en los Estados Unidos después de la Guerra Civil, donde vio aumentar la discriminación racial, la violencia de los blancos contra los negros, y la segregación de los negros del resto de la nación<sup>65</sup>.

<sup>62</sup> Lamore, *José Martí*, pp. 1:9-11.

<sup>63</sup> Torres-Cuevas, *Antonio Maceo*, pp. 102-4, 143.

<sup>64</sup> Elorza y Hernández, *La Guerra de Cuba*, pp. 162-63; Lamore, *José Martí*, pp. 1:76-88.

<sup>65</sup> Martí, «Mis Negros,» citado en Lamore, *José Martí*, pp. 74-75; ver también *ibíd.*, pp. 1:9, 12, 67-68.



En contraste, las ideas de Maceo sobre los negros en Cuba se basaban en sus experiencias como granjero independiente y como luchador del Ejército Libertador en Oriente, la provincia de Cuba con la proporción más baja de esclavos y la proporción más alta de gente libre de color en su población. Sin duda, Maceo había sido la víctima de la discriminación racial y había presenciado el maltrato a los esclavos, pero él creció rodeado de negros y mulatos que tenían un carácter emprendedor y confianza en ellos mismos. El había visto esclavos fugitivos, libertos y hombres de ascendencia africana con largo linaje libre, llenar las filas del Ejército Libertador para arriesgar su vida por la independencia, algunos de ellos para convertirse en altos oficiales. De esta manera, las imágenes de los negros cubanos que tenía Maceo eran imágenes de campesinos y trabajadores, de soldados y oficiales audaces.

La raza y el color también fijaron el molde en el cual Martí y Maceo actuaron. Martí podía demostrar la confianza en sí mismo de un intelectual blanco en un mundo dominado por los blancos, conscientemente construyendo su propia hagiografía en sus escrituras<sup>66</sup>. El podía reclamar el liderazgo sin ser acusado de ser un racista tratando de imponer una dictadura blanca sobre los cubanos. Como hombre de ascendencia africana, Maceo enfrentó el racismo blanco a lo largo de su vida, no sólo viniendo de los defensores del colonialismo español, sino también de los líderes de Cuba Libre. Forzado a gastar tiempo y energía desmintiendo acusaciones de ser un promotor del racismo negro, él pocas veces pudo explicar sus ideas<sup>67</sup>. Maceo sabía que siempre tendría que conformarse con una posición subordinada debido a su raza. «Si yo hubiese querido intentar una revolución para lucir mi nombre y mi espada... sé que las preocupaciones sociales de nuestro país se habrían opuesto a ello», respondió a una invitación de un veterano para dirigir una nueva insurrección en 1883.

Por supuesto, Martí y Maceo compartían los mismos puntos de vista sobre muchas metas fundamentales del movimiento de independencia cubano. Ambos no imaginaban menos que la independencia completa de la isla, sin la intervención norteamericana. Ambos se opusieron vehementemente a la anexación de Cuba a los Estados Unidos<sup>68</sup>. Los dos líderes estaban convencidos de que una victoria no era posible sin la unión de los cubanos, negros y blancos, siendo todos cubanos por igual<sup>69</sup>. Ambos lucharon contra la esclavitud en Cuba

<sup>66</sup> Estrade, P.: «José Martí, una biografía imposible?», *Revista de Indias* 55:205 (1995), p. 593.

<sup>67</sup> Maceo a José A. Rodríguez, 1.º de noviembre de 1886, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:356.

<sup>68</sup> Martí, «El remedio anexionista» (*Patria*, 2 de julio de 1892), en Martí, *Obras completas*, pp. 2:47-50; Maceo al director de *El Yara*, 13 de julio de 1884, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:243; Maceo a Tomás Estrada Palma, 14 de abril de 1896, en *ibíd.*, pp. 2:227-28; Maceo a *The World*, abril de 1896, en *ibíd.*, p. 2:241; Maceo a Federico Pérez Carbó, 14 de julio de 1896, en *ibíd.*, pp. 301-2.

<sup>69</sup> Por ejemplo, Martí a Maceo, 20 de julio de 1882, en Martí, *Obras completas*, pp. 1:171-73; Maceo a Bonachea, [n.d.] octubre de 1883, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:223.

hasta que se decretó la abolición en 1886<sup>70</sup>. Ambos insistieron que el separatismo cubano era motivado por la oposición al colonialismo español, y no por el odio hacia los españoles. De hecho, ellos vieron a los españoles establecidos en Cuba y a los cubanos, como miembros de una sola familia, más allá de las diferencias raciales, pero ambos se opusieron a una reanudación de la inmigración europea en la isla<sup>71</sup>. Por último, tanto Martí como Maceo imaginaron a Cuba después de la independencia como una república unitaria y democrática en la cual los privilegios coloniales de nacimiento serían abolidos y todos los cubanos serían iguales, sin consideración por su raza o clase<sup>72</sup>.

Los dos hombres creían en la unidad de la humanidad, pero Martí admitía que existían diferencias observables entre grupos humanos e individuos. Según él, las razas humanas se encontraban en diversas etapas de desarrollo, pero la igualdad se alcanzaría gracias a un proceso lineal de evolución social y cultural<sup>73</sup>. Maceo no estaba interesado en teorías raciales contemporáneas. Él percibía la igualdad en términos prácticos, inseparables de la civilización moderna: la igualdad era política, social, y legal<sup>74</sup>. Esta diferencia se reflejaba en la visión que los dos líderes tenían sobre la república cubana que vendría después de la independencia y el énfasis particular que ellos colocaban en su realización, ya sea en la igualdad, o en la libertad.

Martí no dejó textos específicos describiendo cómo imaginaba a Cuba independiente. En general, esperó una sociedad armoniosa de semejantes que compartieran los mismos derechos y obligaciones, pero que respetaran las jerarquías del conocimiento y mérito. Lo mismo que la nueva sociedad no permitiría la existencia de amos y hacendados explotadores, lo mismo prohibiría las demostraciones rebeldes y atrevidas de libertos. No obstante, Martí no contemplaba la necesidad de un programa especial para corregir los efectos a largo plazo de la esclavitud y de la discriminación racial. Pensaba que con el tiempo, la «afinidad de los caracteres» se volvería «más poderosa que la del color». Respetuoso de las libertades individuales, afirmó que «cada cual será libre en lo sagrado de su casa. El mérito, la prueba patente y continua de la cultura, y el comercio inexorable acabarán por unir a los hombres»<sup>75</sup>. A fines de 1891, de-

<sup>70</sup> Lamore, *José Martí*, pp. 1:9, 68; Torres-Cuevas, *Antonio Maceo*, pp. 113-17; Maceo, «Viva Cuba independiente.» 5 de septiembre de 1879, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:130-32.

<sup>71</sup> Maceo a Dr. Moreno, 2 de mayo de 1884, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:241; Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi.» en Martí, *Obras completas*, pp. 4:97-99; Maceo, «Proclama» (25 de abril de 1895), en Maceo, *Ideología política*, p. 2:30.

<sup>72</sup> Maceo, «Exposición a los delegados a la asamblea constituyente.» (30 de septiembre de 1895), en Maceo, *Ideología política*, p. 2:76; Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi.» en Martí, *Obras completas*, p. 4:100.

<sup>73</sup> Lamore, *José Martí*, pp. 1:38-39, 46-48. Ver también Martí, «Los lunes de 'La Liga,'» «El colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley,» y «Noche hermosa de 'La Liga'» (*Patria*, 26 de marzo de 1892, 2 de julio de 1892, y 4 de noviembre de 1893), en Martí, *Obras completas*, pp. 5:252-55, 259-70.

<sup>74</sup> Maceo a Dr. Moreno, 2 de mayo de 1884, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:241; Maceo a Eusebio Hernández, 30 de julio de 1885, en *ibíd.*, p. 1:273.

<sup>75</sup> Martí, «Mi raza» (*Patria*, 16 de abril de 1893), en Martí, *Obras completas*, pp. 298-300.

claró que la primera ley de la república cubana debería ser el culto a la dignidad total del hombre. La república debería ser fundada en «el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar por sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto al ejercicio íntegro de los demás»<sup>76</sup>. Similarmente, el Manifiesto de Montecristi afirmó que los cubanos no estaban peleando solamente por la independencia cubana, sino también por la «esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo»<sup>77</sup>. A principios de mayo de 1895, escribía que «Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América, donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar»<sup>78</sup>.

En contraste, desde 1880 hasta su muerte, Maceo se refirió al ideal de igualdad, libertad, y fraternidad divulgado por la Revolución francesa como la meta de la independencia. En su discurso donde acepta la posición de Lugarteniente General del ejército, creada para él por la Asamblea en septiembre 1895, dijo: «La República es la realización de las grandes ideas que consagran la libertad, la fraternidad y la igualdad de los hombres». El continuó, sin duda marcado por su larga experiencia directa de la discriminación racial:

«La Igualdad ante todo, esa preciada garantía que, nivelando los derechos y deberes de los ciudadanos, derogó el privilegio de que gozaban los opresores a título de herencia y elevó al Olimpio de la inmortalidad histórica a los hijos humildes del pueblo»<sup>79</sup>.

Maceo creyó que la guerra reduciría, pero no suprimiría, el racismo, y por esta razón, eran necesarias políticas activas en la República. Durante su visita a Cuba en 1890, criticó en privado a Juan Gualberto Gómez por haber organizado a los negros y mulatos a favor de la independencia separadamente de los cubanos blancos bajo el abrigo de las existentes sociedades de la raza de color. Para él, esto no solamente alimentaba los rumores de que los cubanos de color intentaban establecer una dictadura negra, sino que también contribuiría a mantener a los negros marginalizados después de la independencia. Le indicó claramente a Gómez que favorecía más bien la creación de clubes populares y multi- raciales con el fin de promover la igualdad racial junto con la independencia nacional. Tales clubes, argumentó, ayudarían a borrar las diferencias raciales y ayudarían a prevenir a los blancos de retirar su apoyo a la indepen-

<sup>76</sup> Martí, «Discurso en el Liceo Cubano» [«Con todos y para el bien de todos»] (Tampa, 26 de noviembre de 1891), en *ibíd.*, p. 4:270. ver también Martí, «Discurso en conmemoración del 27 de Noviembre de 1871» [«Los pinos nuevos»] (Tampa, 27 de noviembre de 1891), en *ibíd.*, pp. 4:283-86.

<sup>77</sup> Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi,» en Martí, *Obras completas*, p. 4:100.

<sup>78</sup> José Martí y Máximo Gómez a *New York Herald*, 2 de mayo de 1895, en *ibíd.*, p. 4:153.

<sup>79</sup> Maceo, «Exposición a los delegados,» en Maceo, *Ideología política*, p. 2:76. Ver también Maceo a Martí, 15 de enero de [1888], en *ibíd.*, pp. 1:375-77.

dencia por miedo a los negros. Algunos años después, urgió a Juan Gualberto Gómez a continuar la lucha contra la discriminación después de la guerra, particularmente a través de «la educación política y social que usted da a nuestro pueblo infeliz»<sup>80</sup>. Pero Maceo también creyó que «las luces de la educación» deberían transformar las clases altas de la sociedad, al formar una nueva aristocracia basada en el «talento, ciencia y virtud»<sup>81</sup>. Maceo tenía la esperanza de que la independencia podría traer el fin de un sistema social en el cual algunos nacían como líderes porque eran aristócratas blancos, y otros eran excluidos de las posiciones más altas a raíz de su clase o raza. El «justo mérito», afirmó, era más importante «para el bien de nuestra futura soberanía nacional» que «el ropaje de la colonia»<sup>82</sup>.

Similarmente, el rechazo de los dos líderes de la tiranía y su defensa del republicanismo y la democracia en la Cuba independiente eran moldeado por sus experiencias distintas. Maceo como militar aborrecía la anarquía, «ese monstruo, engendro de las malas pasiones» que mataba las semillas vitales de la sociedad y ponía en su frente «su escoria política y social». La disciplina para él era un factor fundamental durante la guerra, y la república debería ser fundada sobre bases de moralidad y justicia sólidas y debería garantizar todos los derechos del ciudadano. A cambio de eso, todos los ciudadanos deberían someterse a la «Ley y los Poderes legalmente constituidos», los cuales deberían ser modificados solamente por medios legales. Sin embargo, Maceo añadió:

«Procuraré asimismo, y me opondré hasta donde sea posible, a toda usurpación de los derechos de una raza sobre otra; viniendo a ser, como ésta mi resuelta y firme actitud, una garantía para todos»<sup>83</sup>.

En vez de temer el desorden de la escoria de la sociedad, Martí tenía temor a la dictadura militar. Como lo enfatizó en el Manifiesto de Montecristi, él temía que Cuba independiente fuese construída sobre el modelo de las «repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América» que ganaron su independencia de España a principios del siglo XIX sin tener una población educada y que degeneraron en el caudillismo y el provincialismo<sup>84</sup>. En base a este miedo, Martí se opuso al plan de guerra de Gómez y de Maceo en 1884, porque éste no ofrecía «garantías... de las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha»<sup>85</sup>.

Estas visiones diferentes de Cuba independiente los llevó a tener distintos conceptos del papel de la jefatura del ejército militar y del gobierno civil du-

<sup>80</sup> Franco, *Antonio Maceo*, p. 1:351; Foner, *Antonio Maceo*, p. 139; Maceo a Juan Gualberto Gómez, 20 de octubre de 1894, en *ibíd.*, p. 1:419-20;

<sup>81</sup> Maceo, «Exposición a los delegados», en Maceo, *Ideología política*, p. 2:76.

<sup>82</sup> Maceo a Salvador Cisneros Betancourt, 8 de septiembre de 1895, en *ibíd.*, p. 2:66.

<sup>83</sup> Maceo a Martí, 15 de enero de [1888], en *ibíd.*, pp. 1:375-77.

<sup>84</sup> Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi», en Martí, *Obras completas*, pp. 4:94-95.

<sup>85</sup> Martí a Gómez, 20 de octubre de 1884, en *ibíd.*, pp. 1:177-80.

rante la guerra contra España. El énfasis de Martí en las libertades civiles y la libertad de pensamiento explica su insistencia en la preponderancia del gobierno civil sobre el ejército. En contraste, Maceo apoyó y sostuvo sin cesar que durante la guerra, el poder supremo debería pertenecer al mando militar. La posición de Maceo estaba basada en su experiencia en la Guerra de los Diez Años y en su creencia que la rama civil era más propensa a respetar las jerarquías coloniales de raza y clase que el ejército.

De hecho, la discriminación racial que Maceo tuvo que aguantar desde 1868 venía principalmente de la clase educada y de los gobiernos civiles de Cuba Libre. El experimentó que en la lucha directa contra el enemigo, la raza, el color, y la clase tenían tendencia a desaparecer. Cuando peleaban, los oficiales combatían al lado de sus soldados. La supervivencia y el adelanto de cada hombre dependían tanto de su solidaridad con sus compañeros en armas como de sus propias capacidades. Entonces, en el proceso de la guerra las jerarquías tradicionales perdían su valor. Los méritos y la disciplina militar prevalecían, y nuevas jerarquías, no heredadas, se formaban, de las cuales podría surgir una nueva dirección para Cuba independiente.

Así, Maceo definía los méritos de acuerdo con su percepción del papel social y racialmente igualador de la guerra. Escribió en 1883 que «Yo por mi parte, porque no tengo títulos que me hagan superior a los demás, le confieso presto ciego homenaje al mérito». Afirmó que aunque no tenía suficientes títulos, influencia, poder o dinero para hacer a su tierra natal feliz, él tenía la «fuerza moral» para contribuir a la lucha que seguía. Según Maceo, los méritos se adquirirían contribuyendo al bienestar de la nación de acuerdo con las aptitudes de cada quien<sup>86</sup>. Pero los méritos no eran permanentes y necesitaban ser demostrados continuamente. Por ejemplo, en 1895 Maceo amenazó al General Quintín Banderas, un veterano negro de las guerras pasadas sin educación formal que había conseguido llegar a una posición alta gracias a sus logros militares, con despedirlo del ejército si continuaba viviendo una vida disoluta sin luchar: «No es así que se puede ser Jefe, y eso que V. pretende serlo de Brigada, sin hacer méritos ni tener actividad ni celo en el servicio»<sup>87</sup>. En contraste, Martí tenía la tendencia de identificar méritos con educación, con «las virtudes y los talentos», que él consideraba como la fuente más valiosa de respeto social.<sup>88</sup> Además, usó su definición de igualdad basada en los méritos, como argumento para convencer a los cubanos blancos que favorecían la independencia pero tenían ideas sociales conservadoras, de que una Cuba libre no se convertiría en una dictadura negra<sup>89</sup>.

Otro argumento clave en la propaganda anti-racista de Martí era que una dominación negra en Cuba era imposible porque los amos blancos habían de-

<sup>86</sup> Maceo a Bonachea, [n.d.] octubre de 1883, en Maceo, *Ideología política*, p. 1:222.

<sup>87</sup> Maceo a Quintín Bandera, 16 de agosto de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:51-52.

<sup>88</sup> Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi,» en Martí, *Obras completas*, pp. 4:94-95.

<sup>89</sup> *Ibid.*; también, por ejemplo, Martí, «Mi raza,» en *ibíd.*, pp. 298-300.

cretado la emancipación los esclavos durante los Guerra de los Diez Años. Afirmó que como resultado, los cubanos negros siempre estarían agradecidos a los cubanos blancos y que nunca se sublevarían contra ellos. La tesis de Martí, no obstante, daba una representación falsa de la historia en dos puntos bastante importantes para Maceo. Primero, transformaba la difícil proclamación de la emancipación de todos los esclavos en el territorio de Cuba Libre en 1869, en un acto espontáneo y generoso de parte de los amos blancos que favorecían la independencia. Segundo, menospreciaba el papel activo y el liderazgo de los hombres libres de color y de los esclavos fugitivos en la insurrección, así como las manifestaciones de racismo en las esferas más altas de Cuba Libre.

Verdaderamente, Martí otorgó todo el crédito para la abolición de la esclavitud realizada por los insurgentes en la primera etapa de la Guerra de los Diez Años, a los separatistas que eran propietarios de esclavos. Elogió la valentía de «aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre» en la guerra, sin mencionar el papel de los hombres de color como Maceo, quienes hicieron de la abolición y la independencia los estandartes de su lucha, no solamente en 1868 sino más allá del Pacto de Zanjón.<sup>90</sup> La falsa representación de Martí sobre la emancipación de la esclavitud le permitió mantener el silencio sobre el terror y la brutalidad de la esclavitud y sus efectos duraderos. En 1880, Martí se dirigió a una audiencia de emigrados cubanos en Nueva York con estas palabras, las cuales fueron publicadas después:

«[Los hombres de color cubanos] saben que [los cubanos blancos] hemos sufrido tanto como ellos y más que ellos; que el hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda; que el dolor es vivo a medida de las facultades del que ha de soportarlo; que ellos no hicieron una revolución por nuestra libertad, y que nosotros la hemos hecho, y la continuamos bravamente ahora, por nuestra libertad y por la suya. Y se cuenta la historia... Y no han de ser los hombres de color libertados infames que volvieron la mano loca contra sus esforzados libertadores».<sup>91</sup>

Sin duda, cuando afirmaba que los esclavos negros, a raíz de sus facultades y conocimientos supuestamente inferiores, habían sufrido menos bajo la esclavitud, que los blancos libres bajo el colonialismo español, y cuando atribuía sólo a los blancos la libertad de los esclavos, Martí hería a Maceo, el mulato que había emitido en 1878 la Protesta de Baraguá, rechazando el Pacto de Zanjón y llamando a los cubanos de Oriente a continuar la guerra hasta el fin de la esclavitud y del colonialismo<sup>92</sup>. Además, Martí no había cambiado su argu-

<sup>90</sup> Martí a Enrique Codazo, 12 de enero de 1892, en *ibíd.*, p. 1:289.

<sup>91</sup> Martí, «Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall» ( Nueva York, 24 de enero de 1880), en *ibíd.*, p. 4:204. El discurso fue publicado en Nueva York en 1880.

<sup>92</sup> Maceo, «A los habitantes del departamento oriental» (25 de marzo de 1878), en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:101-2.

mentación radicalmente cuando le escribió a Maceo sobre cuestiones raciales en 1882. Declaró entonces que los problemas de Cuba necesitaban una solución social [racial], y aclaró que ésta «no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuos de una y otra raza»<sup>93</sup>. Aun cuando Maceo concordaba con Martí en que la fraternidad entre los cubanos blancos y negros era necesaria para crear la nación cubana, él se pudo haber preguntado que cosa habían hecho los negros que requería el perdón de los blancos.

La segunda falsa representación de la historia en la propaganda separatista de Martí fue su énfasis en el tema de que los blancos y los negros habían peleado juntos contra España en la Guerra de los Diez Años en detrimento de los temas del papel activo y del liderazgo de los cubanos de color en la guerra y del racismo por parte de la élite blanca en Cuba Libre. A pesar de que la integración racial que existía en todos los niveles del Ejército Libertador no fue propia de Cuba sino que siguió una tendencia ya establecida en las guerras de independencia contra España en el continente americano en los años 1810, Martí tenía razón de verla como un logro en una sociedad como la cubana, donde la esclavitud había sido omnipresente y donde un sistema racial dualista (blanco/de color) aún prevalecía<sup>94</sup>. Según él, el hecho de que los blancos y los negros hayan peleado al lado los unos de los otros, sellaba su unidad en la república<sup>95</sup>. En la próxima guerra, Martí profetizó que los restos de la discriminación racial desaparecerían, y que los cubanos serían juzgados solamente sobre la base de sus propios méritos<sup>96</sup>.

La insistencia de Martí en la fraternidad interracial le impedía denunciar el racismo de los blancos contra los negros, y en relación con Maceo, intervenir públicamente en los muchos incidentes en los cuales Maceo fue acusado falsamente de promover una dictadura negra. Además, estimuló a Martí a presentar a los cubanos negros y mulatos como seres benévolos, modestos, contentos, y capaces de perdonar, que nunca actuarían separados de los blancos<sup>97</sup>. Según Martí, en 1869 el noble gesto de emancipación de los amos hacia sus esclavos, había arrebatado el resentimiento de los negros contra los blancos, no solamente por haberlos esclavizado sino también por perpetuar el racismo después de 1886. Por eso, no había ninguna razón de tener «miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan»<sup>98</sup>. A Martí le gustaba referirse al periodista defensor de la independencia y organizador de las sociedades de color cubanas, Juan Gualberto Gómez, como modelo:

<sup>93</sup> Martí a Maceo, 20 de julio de 1882, en Martí, *Obras completas*, pp. 1:171-73.

<sup>94</sup> Aline Helg, «Race and Black Mobilization in Colonial and Early Independent Cuba: A Comparative Perspective.» *Ethnohistory* 44 (Winter 1997): pp. 54-56.

<sup>95</sup> Martí, «Mi raza,» en Martí, *Obras completas*, p. 2:299.

<sup>96</sup> Ver también Martí, «El plato de lentejas» (1894), en *ibíd.*, pp. 3:26-30; Martí, «Los cubanos de Jamaica y los revolucionarios de Haití» (1894), en *ibíd.*, pp. 3:103-6.

<sup>97</sup> Por ejemplo, Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi,» en *ibíd.*, pp. 4:95-97.

<sup>98</sup> Martí, «Discurso en el Liceo Cubano» (Tampa, 26 de noviembre de 1891), en *ibíd.*, p. 4:276.

«Aquel hijo de humildes... que no venía a exigir derechos especiales e imprudentes; no venía a exigir derechos especiales para los cubanos de color, sino a convidar a que se pensase sobre la inconveniencia de que los cubanos de un color tuviesen derechos especiales sobre los de otro [color]». <sup>99</sup>

La prudencia también era una palabra clave en la carta ya citada que Martí mandó a Maceo en 1882, en la cual él explicaba que la cuestión racial de Cuba no podía ser remediada de manera vociferadora u ostensible «sino callada, activa, amorosa, evangélica» <sup>100</sup>. En esta carta, la alusión de Martí a una guerra de razas —la cual en Cuba siempre ha sido sinónima con una movilización de los negros contra los blancos— inmediatamente después de elogiar la prudencia de Maceo, casi actúa como una advertencia al general mulato. Si tal era el caso, la respuesta de Maceo, en la cual preguntó a Martí porque dudó de que mantenía su compromiso con la causa de la independencia y reafirmó su creencia en la unidad, se hace mucho más comprensible <sup>101</sup>.

En 1890, lejos de retroceder con la aproximación de la nueva insurrección, el tema de una guerra de razas en Cuba se hizo más presente en numerosos discursos y cartas privadas de Martí. En algunos casos, Martí desmintió la posibilidad de una movilización separada de la raza de color, porque «los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color» <sup>102</sup> y porque ellos ponen la idea de su tierra natal antes que la idea de su color <sup>103</sup>. Sin embargo, en otros casos Martí contempló de hecho la posibilidad de una guerra de razas en Cuba. En el Manifiesto de Montecristi, particularmente, escrito solamente unas pocas semanas antes del encuentro de Martí y Máximo Gómez con Maceo en La Mejorana, se aventuró a decir que durante la lucha contra España «una minoría aún invisible de libertos descontentos» podría volverse arrogante y aspirar prematuramente «al respecto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en virtudes y talentos». Martí optó por no mencionar los efectos destructivos de la esclavitud y del racismo en los cubanos de ascendencia africana, y no señaló políticas especiales que podrían ayudar a los ex esclavos y a los negros y mulatos en general a ser «más iguales». Advirtió que en la república justa no habrá más campo para la desunión y la parcialidad. Si algunos «demagogos inmundos, o almas airadas» se aprovechan de las frustraciones de los negros para incitarles a la rebelión, «la misma raza [de color] extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca» <sup>104</sup>.

El hecho de que Martí descartó la posibilidad de una rebelión exitosa de los cubanos de color durante la última guerra de independencia no respondió al pro-

<sup>99</sup> Martí, «La Igualdad» (*Patria*, 16 de abril de 1892), en *ibíd.*, p. 5:49.

<sup>100</sup> Martí a Maceo, 20 de julio de 1882, en *ibíd.*, pp. 1:171-73.

<sup>101</sup> Maceo a Martí, 20 de noviembre de 1882, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:206-8.

<sup>102</sup> Martí, «Mi raza,» en Martí, *Obras completas*, pp. 2:298-300.

<sup>103</sup> Martí, «Al Diario de la Marina» (*Patria*, 10 de noviembre de 1894) en *ibíd.*, pp. 3:351-56.

<sup>104</sup> Martí y Gómez, «Manifiesto de Montecristi,» en *ibíd.*, pp. 4:94-95.



pósito de tranquilizar a los racistas blancos. La advertencia se dirigía a los propios negros y mulatos. En efecto, Martí ordenó a Gonzalo de Quesada imprimir diez mil copias del Manifiesto de Montecristi para distribuirlo en Cuba: «cada español debiera recibir uno, y todas las sociedades y grupos de cubanos negros». No hizo mención de otros posibles receptores, notablemente entre los cubanos blancos <sup>105</sup>.

El 2 de mayo de 1895, Martí descartó nuevamente la posibilidad de una rebelión de los negros contra los blancos en Cuba. Gracias a «la sublime emancipación de los esclavos por sus amos cubanos» en la Guerra de los Diez Años, el odio racial había desaparecido. «Sin lisonja demagógica ni precipitada mezcla de los diversos grados de cultura», el pueblo cubano tiene el honor singular de presentar «un liberto más culto y exento de rencor que el de ningún otro pueblo de la tierra. El campesino negro, más cercano a la libertad, vuela a su rifle [en 1895], con él que jamás en diez años hirió a la ley». El cubano negro solamente tenía amor y ternura para «el hombre de tez de amo» que marchaba con él en la defensa de la libertad cubana <sup>106</sup>. Tres días después, estaba reuniéndose con Maceo en La Mejorana.

Uno solamente puede especular sobre la impresión que las descripciones por Martí de la Guerra de los Diez Años y de los cubanos de color en general dejaron en hombres tales como Maceo, quien era notorio por animar a los esclavos a huir y a pelear en el Ejército Libertador. Además, en los meses que precedieron la declaración de abolición de la esclavitud en abril de 1869 por los líderes de clase alta de Cuba Libre, Maceo atacó varios ingenios de azúcar en la región de Palma Soriano, liberando a sus esclavos y convenciéndoles de llenar las filas de sus tropas. Tales acciones, en flagrante violación de un decreto revolucionario que estipulaba la pena de muerte a cualquiera que incitase a esclavos a la rebelión, forzaron a los líderes separatistas a declarar la abolición; pero no sin antes promulgar regulaciones limitando drásticamente la libertad de los libertos <sup>107</sup>. Cuando la élite separatista, temerosa de una revolución social, firmó el Pacto de Zanjón, Maceo lanzó la Protesta de Baraguá dirigida a los habitantes de Oriente, en la cual no sólo condenó la esclavitud, sino también afirmó la dimensión afro-caribeña de Cuba:

«Con nuestra política de dar libertad a la esclavitud, porque la época del látigo y del cinismo español ha caducado, debemos formar una nueva república asimilada con nuestra hermana la de Santo Domingo y Haití» <sup>108</sup>.

Además, la negación por Martí del racismo en el Ejército Libertador muchas veces debió parecerle falsa a Maceo, un hombre que había sido sometido

<sup>105</sup> Martí a Gonzalo de Quesada, 28 de marzo de 1895, en *ibíd.*, p. 4:113.

<sup>106</sup> Martí y Gómez a *New York Herald*, 2 de mayo de 1895, en *ibíd.*, p. 4:159.

<sup>107</sup> Franco, *Antonio Maceo*, pp. 1:53-54; Scott, *Slave Emancipation*, pp. 45-51.

<sup>108</sup> Maceo, «A los habitantes del departamento oriental,» en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:101-2. Sobre el proyecto de federación con Santo Domingo y Haití, ver Torres-Cuevas, *Antonio Maceo*, pp. 152-54.

a la discriminación racial a lo largo de la lucha por la independencia. Como resultado de esta experiencia, Maceo continuamente abogó, hasta su muerte a fines de 1896, que el comandante en jefe del Ejército Libertador debería ser un blanco, porque la sociedad cubana no estaba preparada para aceptar que un hombre de ascendencia africana tuviera la jefatura suprema<sup>109</sup>. Cuatro meses después de la muerte de Martí, la Asamblea de Cuba Libre se reunió en Camagüey para elegir a un gobierno civil. La mayoría de los delegados eran intelectuales blancos de clase media, demasiado jóvenes para haber participado en la Guerra de los Diez Años. Ellos eligieron como presidente del gobierno a un aristócrata blanco de 67 años de edad y veterano de la Guerra de los Diez Años, el marqués de Santa Lucía, Salvador Cisneros Betancourt, quién abogaba que el gobierno civil controlara el ejército durante la guerra. Tal posición iba más allá de lo que Martí había recomendado en La Mejorana: la constitución de un gobierno civil sin interferencia en los asuntos militares. Cisneros inmediatamente revivió las acusaciones de que Maceo planeaba transformar a Cuba en una dictadura militar negra, alegando que los delegados de Oriente que Maceo había mandado tenían la tarea de promover su elección como presidente. En su respuesta a Cisneros, Maceo denunció la continua existencia de fuertes jerarquías socio-raciales en el Ejército Libertador. El nunca había solicitado la posición de presidente, declaró, porque el sabía muy bien que «la humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio a la altura de otros, que nacieron siendo jefes de la Revolución»<sup>110</sup>.

Desde el otoño de 1895 en adelante, el gobierno civil no dejó de intervenir en los asuntos militares para impedir que un ejército compuesto mayormente de negros y mulatos y de hombres de orígenes humildes controlara la insurrección<sup>111</sup>. En particular, en noviembre de 1895 el gobierno proclamó nuevas reglas para asegurar puestos preferenciales en el ejército a los hombres con educación. Los estudiantes que se unían al Ejército Libertador eran promovidos automáticamente a plazas encima de las de soldados. Dos años de escuela secundaria en un colegio les colocaba en el grado de caporal, un diploma de bachillerato en el grado de teniente segundo, y un diploma universitario por lo menos en el grado de capitán<sup>112</sup>. Ya que la educación era una area en donde la discriminación contra los cubanos de color era particularmente fuerte, estas medidas favorecían a los blancos de las ciudades. Tal «privilegio» molestaba a Maceo, quién se preocu-

<sup>109</sup> La decisión de Maceo aparece claramente en Maceo a Juan Bellido de Luna, 12 de septiembre de 1880, en Maceo, *Ideología política*, pp. 1:179-80.

<sup>110</sup> Maceo a Salvador Cisneros Betancourt, 8 de septiembre de 1895, en *ibíd.*, p. 2:65. Sobre la Asamblea, ver Dirección política de las F.A.R., ed., *Historia de Cuba*, pp. 379-84.

<sup>111</sup> Sobre la intervención del gobierno civil para impedir que el veterano blanco y hacendado Bartolomé Masó sea juzgado por un tribunal militar, ver Maceo a Máximo Gómez, 26 de octubre de 1895, en Maceo, *Ideología política*, pp. 2:102-4; *idem*, 15 de noviembre de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:139-40; Maceo a secretario de la guerra, 16 de noviembre de 1895, en *ibíd.*, pp. 2:144-47.

<sup>112</sup> Llaverías J. y Santovenia, E. S. editores, *Actas de las asambleas de representantes y del consejo de gobierno durante la guerra de independencia*, 6 vols. (La Habana: Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., 1928-1933), pp. 1:68, 72.

paba que «la preferencia que se observa para unos, a tiempo que se posterga a otros que, con menos instrucción, tienen mayores méritos y aptitudes militares para ascender en la carrera» causaría «disgusto general». El recomendó que Gómez observara las nuevas reglas «discrecionalmente» a fin de respetar los «derechos adquiridos» por la mayoría del Ejército Libertador<sup>113</sup>. Aunque en las unidades de combate la valentía y la proeza militar siguieron recompensadas con promociones, la nueva énfasis en la educación intensificó el proceso de «blanqueamiento» del cuerpo de oficiales de Cuba Libre, ya iniciado durante los primeros meses de la guerra por la muerte de numerosos oficiales negros y mulatos en las tropas de Maceo y su reemplazamiento con blancos<sup>114</sup>.

Sin embargo, el ejemplo más dramático y conmovedor de intervención del gobierno civil en el ejército motivada por consideraciones raciales, fue la reacción del gobierno a la invasión por Maceo del occidente de Cuba —la cual fue incuestionablemente la campaña más exitosa de la guerra. Alrededor de 1.700 hombres partieron de Baraguá, en Oriente, el 22 de octubre de 1895. Exactamente tres meses después, el 22 de enero de 1896, llegaron a Mantua, en Pinar del Río, al otro extremo de la Isla. A la vez, las fuerzas de Gómez, las cuales acompañaron la columna de Maceo desde Santa Clara a La Habana, establecieron un bastión en la provincia de La Habana<sup>115</sup>. La invasión de occidente representaba una doble victoria. Primero, fue un éxito militar. Aunque Maceo y sus tropas tenían una falta dramática de armas y de municiones, triunfaron sobre fuerzas españolas que estaban bien armadas y eran diez veces más numerosas. Segundo, fue un logro político. La columna invasora llevó la revolución a una parte de la Isla donde el apoyo a España era fuerte. El resultado final fue que, en enero de 1896, la lucha por la independencia llegó a adquirir una verdadera dimensión nacional<sup>116</sup>.

En vez de alegrarse ante ese éxito, el gobierno provisional vio en la invasión de occidente una amenaza para sus fines políticos y una evidencia adicional sobre los supuestos planes dictatoriales de Antonio Maceo. En una carta a Tomás Estrada Palma, quien reemplazó a Martí como encargado del PRC en

<sup>113</sup> Maceo a M. Gómez, 4 de diciembre de 1895, en Maceo, *Ideología política*, pp. 2:176-77.

<sup>114</sup> No se sabe si Gómez siguió la recomendación de Maceo o no. Sin embargo, el general dominicano provocó la ira de Maceo a propósito de la cuestión de los méritos en junio de 1896, cuando, obedeciendo a Cisneros Betancourt, decidió nombrar a Calixto García, un blanco acaudalado sin «capacidades militares» como jefe de Oriente, al detrimento de José Maceo, hermano de Antonio Maceo, quien tenía más méritos y más servicio en el Ejército Libertador. Poco después, José Maceo murió en combate (Maceo a Máximo Gómez, 27 de junio de 1896, en Maceo, *Ideología política*, pp. 2:186-87; Franco, *Antonio Maceo*, p. 3:205). Sobre el proceso de blanqueamiento de la oficialidad del ejército, ver *London Times*, 23 de julio de 1895, 17 de septiembre de 1895; Cisneros a Estrada Palma, 6 de diciembre de 1895, en León Primelles, editor., *La revolución del 95 según la correspondencia de la delegación cubana en Nueva York*, 5 vols., La Habana: Editorial Habanera, 1932-1937, p. 2:152; Cisneros a Betancourt, 16 de mayo de 1896, en *ibíd.*, p. 4:180; Arbelo, M. *Recuerdos de la última guerra por la independencia de Cuba. 1896 a 1898*, La Habana: Imprenta «Tipografía Moderna», 1918, p. 56.

<sup>115</sup> Miró, *Cuba*, pp. 77-79.

<sup>116</sup> *Ibid.*, pp. 100-101, 116-117, 280-281.

los Estados Unidos, Cisneros expresó su desconfianza hacia el General, acusándolo de considerarse «como el jefe único, no sólo de Oriente, sino quizás de toda Cuba. ¡Misericordias y ambiciones humanas!»<sup>117</sup> Entonces trató de limitar el impacto de la invasión al ignorar la convicción de Maceo de que con abastecimientos y tropas frescas del este, el Ejército Libertador podría derrotar pronto a los españoles. Por el contrario, Cisneros contrarrestó de manera continuada las ordenes del General en Jefe sobre los refuerzos del este y mantuvo a los hombres y a las armas en Oriente y Camagüey. Justificó su decisión con oscuras razones de «alta política», encaminadas en realidad a limitar el poder de los militares y a mantener a las tropas de Maceo aisladas en Pinar del Río<sup>118</sup>.

Mientras tanto, en febrero de 1896, España reemplazó a Martínez Campos como Gobernador General de Cuba con el cruel General Valeriano Weyler. Del mismo modo que Martínez Campos había buscado una solución negociada a la guerra, Weyler abogó por una solución militar sin concesiones. Nuevas tropas españolas desembarcaron, y el sistema de trochas fue reforzado<sup>119</sup>. En vez de enviar fuerzas para consolidar la invasión de occidente contra la guerra de Weyler, Cisneros insinuó que Antonio Maceo y su hermano José planeaban controlar la revolución, con Antonio en el oeste y José en el este<sup>120</sup>.

Por su parte, los representantes cubanos en Estados Unidos no valoraron favorablemente la invasión de occidente. Trataron, con creciente insistencia, de detener un proceso que era, a sus ojos, demasiado revolucionario. De noviembre de 1895 a junio de 1896, Maceo repetidamente le escribió a Estrada Palma para pedir que le mandara armas, municiones y tropas adicionales<sup>121</sup>. Pero Estrada Palma dio muestras claras de estar más interesado en obtener el reconocimiento de la beligerancia cubana por parte de Estados Unidos que en apoyar a los rebeldes en Cuba, y descuidó en mandar armamentos al ejército invasor en el oeste<sup>122</sup>. El descontento de los jefes militares contra Estrada Palma aumentó. Algunos comenzaron a sospechar que favorecía la anexión de Cuba a Estados Unidos<sup>123</sup>. Maceo, en particular, se opuso a la insistencia del Delegado en obtener el reconocimiento de Washington a la insurrección. Reaccionó airadamente ante el hecho de que las armas y las municiones no eran enviadas a

<sup>117</sup> Cisneros a Estrada Palma, 6 de diciembre de 1895, en Primelles, *La revolución del 95*, 2:144. Ver también Miró, *Cuba*, p. 546.

<sup>118</sup> Maceo a Manuel Sanguily, 21 de noviembre de 1895, en Miró, *Cuba*, pp. 294-5; Gómez, *Diario de campaña*, pp. 304, 306, 308-310; Llaverías y Santovenia, *Actas*, 1:83; Miró, *Cuba*, pp. 545-49; Franco, *Antonio Maceo*, pp. 3:188-92.

<sup>119</sup> Pérez, *Cuba between Empires*, pp. 53-54.

<sup>120</sup> Cisneros a Betancourt, 16 de mayo de 1896, en Primelles, *La revolución del 95*, pp. 4:177-178, 180-181; Cisneros a Joaquín Castillo D., 22 de mayo de 1896, en *ibíd.*, p. 4:183.

<sup>121</sup> Maceo a Gómez, 15 de noviembre de 1895, p. 2:141; Maceo a Tomás Estrada Palma, 27 de febrero de 1896, pp. 2:215-16; *idem*, 21 de marzo de 1896, pp. 2:220-21; *idem*, 14 de abril de 1896, pp. 2:227-28; *idem*, 27 de junio de 1896, p. 2:289.

<sup>122</sup> Miró, *Cuba*, pp. 513, 545-49. También Maceo a Estrada Palma, 14 de abril de 1896, en Maceo, *Ideología política*, pp. 2:227-28; Maceo a *The World*, abril de 1896, *ibíd.*, p. 2:241.

<sup>123</sup> Valdés Domínguez, *Diario de un soldado*, pp. 1:320-21.

su ejército en el oeste sino a Oriente y Camagüey, donde los oficiales al mando hacían poco para contrarrestar a Weyler en su ofensiva contra el ejército invasor de Maceo. A fines de junio de 1896, Maceo se quejó a Gómez: «Hasta ahora no he recibido ningún recurso, absolutamente ninguno. Estoy haciendo la guerra con lo que he quitado al enemigo en distintas ocasiones»<sup>124</sup>.

Para mediados de julio de 1896, la amargura de Maceo se había convertido en ira franca. El gobierno civil no había hecho nada por reconocer la importancia de la invasión de occidente:

«Los señores del Gobierno veían desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio que hacía este ejército sin socorros . . . para salvarse del naufragio que constantemente le amenazó».

El gobierno negó a las fuerzas de Maceo las tropas y los bastimentos de Oriente y Camagüey autorizados por Gómez. Como resultado, imposibilitó lograr una victoria insurgente decisiva sobre España. Maceo señaló con amargura que, «del Consejo de Gobierno... será, ante la historia, la responsabilidad por ese hecho que nos ha privado de encaminar nuestros triunfos al Ayacucho cubano»<sup>125</sup>.

Esta tragedia confirmó la convicción que Maceo había expresado a principios de mayo de 1895 en La Mejorana: que la jefatura del ejército debería tener el poder supremo durante la guerra. Tal como lo escribió al presidente del gobierno civil, el marqués de Santa Lucía, a mediados de julio de 1896:

«Yo creo que la práctica sincera de la democracia producirá sus saludables efectos cuando seamos libres. Pero estimo que mientras dure la guerra, ha de ser propuesta esta subdivisión del mando superior del Ejército, entre el Gobierno y el General en Jefe, pues queda así éste sin la fuerza moral que necesita quien tiene sobre sí la responsabilidad de su cargo y la de su fama militar, ambos en contraposición con la Constitución y en lo que debe ser para bien de la causa que defendemos».

El diagnóstico de Maceo, «fruto de nuestros desaciertos en la guerra pasada», solamente tenía como propósito el triunfo de la causa de la independencia<sup>126</sup>. Un mes después, al responder a Gómez quien lamentaba la desorganización de Oriente y Camagüey, Maceo no pudo refrenarse de recordarle que algún tiempo atrás él había advertido que la supremacía del gobierno civil los llevaría a los problemas actuales:

<sup>124</sup> Maceo a Gómez, 27 de junio de 1896, en Maceo, *Ideología política*, p. 2:287.

<sup>125</sup> Maceo a José M. Rodríguez, 17 de julio de 1896, en *ibíd.*, p. 2:308. Maceo hace alusión a la batalla de Ayacucho en el Perú en 1824, la cual marcó la victoria final de los patriotas de América del Sur sobre España. La ira de Maceo no puede ser causada por la muerte de su hermano José el 5 de julio porque la noticia no le había llegado y no le llegó por seguro sino en septiembre de 1896 (Maceo, *Ideología política*, nota 1, p. 2:320).

<sup>126</sup> Maceo a Cisneros Betancourt, 18 de julio de 1896, en *ibíd.*, p. 2:309.

«Yo preví [la desorganización] desde antes de mi salida de Oriente... La Revolución actual adolece de los mismos defectos que llevaron la anterior hasta el Zanjón»<sup>127</sup>.

En septiembre 1896 cuando una expedición finalmente trajo armas y tropas adicionales a las unidades de Maceo, el general Weyler ya había reorganizado y fortalecido las fuerzas españolas con voluntarios y nuevos reclutas de la península<sup>128</sup>. En octubre, Weyler complementó su plan de reconquista al decretar su primera orden de reconcentración de la población rural, la cual perseguía no solamente retirarles el apoyo de los campesinos a los insurgentes sino también exterminar a la población cubana<sup>129</sup>. Entre las fuerzas revolucionarias, el entusiasmo por la guerra había decaído. En noviembre de 1896, la desconfianza entre el poder militar y el poder civil alcanzó su clímax. Máximo Gómez planeó un golpe para deponer a Cisneros como presidente del gobierno. Ordenó a Maceo cruzar las trincheras guarnecidas por los españoles para respaldarle en Santa Clara. Como resultado de ello, Antonio Maceo fue muerto, cerca de La Habana el 7 de diciembre de 1896<sup>130</sup>.

La muerte de Antonio Maceo fue devastadora para la moral del Ejército Libertador. Simultáneamente, facilitó la libertad de movimiento de la facción civil y de los delegados en Estados Unidos. Máximo Gómez no podía enfrentarlos solo y empezó a tener dudas sobre el significado de su lucha para los cubanos. Ni los rebeldes cubanos ni el ejército español pudieron obtener un desenlace militar decisivo. En enero 1898, cuando España finalmente le otorgó la autonomía a Cuba, pocos cubanos apoyaron esta decisión. Poco después, Estados Unidos intervino en la guerra, concluyó el Tratado de París con España sin que Cuba estuviese representada, y ocupó la isla hasta 1902.

Desde la independencia en 1902, la igualdad fue escrita en la Constitución cubana, pero simultáneamente los primeros gobiernos promovieron la inmigración subsidiada de españoles y reprimieron a los negros y mulatos en las esferas culturales y políticas. Convenientemente, la existencia de la igualdad legal permitió que la continuación de la marginalización socioeconómica y política de los cubanos de color fuese culpada a ellos mismos por su falta de «méritos».

La interpretación de Martí sobre la emancipación de los esclavos en la Guerra de los Diez Años y su énfasis en la fraternidad interracial en el Ejército Libertador, terminaron constituyendo las bases del mito de la igualdad racial en Cuba. La sobre-representación de negros y mulatos en las fuerzas que lucharon contra España fue apenas mencionada. Por lo general, se hizo el silencio sobre el papel del gobierno civil de Cuba Libre en impedir que Antonio Maceo consolidara su victoria contra España a principios de 1896. Similarmente, se dijo

<sup>127</sup> Maceo a Gómez, 14 de agosto de 1896, en *ibid.*, p. 2:324.

<sup>128</sup> Miró, *Cuba*, pp. 509-10, 545-49, 590; Franco, *Antonio Maceo*, p. 3:82.

<sup>129</sup> Dirección política de las F.A.R., ed., *Historia de Cuba*, pp. 412-13.

<sup>130</sup> Miró, *Cuba*, pp. 714-17.

poco del papel que tuvo Tomás Estrada Palma en promover una solución negociada con la participación de Estados Unidos. Además, el hecho de que, después de 1902, la visión que Martí y Maceo tenían de una república cubana unida e igualitaria no se realizó plenamente fue debido a la intervención y ocupación de Estados Unidos y no al racismo profundo que seguía caracterizando la sociedad cubana.

Sin duda, Estados Unidos tuvo un papel crucial en todo el proceso de la independencia cubana. De veras, en mayo de 1895, las fuerzas crecientes del imperialismo y de los intereses económicos norteamericanos se proyectaban por encima de Antonio Maceo y José Martí. Sin embargo, uno puede especular que el resultado de la Guerra de Independencia, lanzada en 1895, pudiese haber sido diferente, si Martí hubiese permanecido en los Estados Unidos como Delegado del PRC y si la exitosa invasión de occidente por Maceo no hubiese sido comprometida por el gobierno civil de Cuba Libre. Cuba hubiese sido representada en Washington por un hombre de convicciones firmemente a favor de la independencia total y contra la anexión a Estados Unidos. Los rebeldes cubanos hubiesen podido derrotar militarmente a España y negociar la paz ellos mismos. Además, si Martí y Maceo hubiesen sobrevivido a la inauguración de la república, es muy probable que cada uno hubiese continuado promoviendo su agenda política: Martí, por los derechos civiles, Maceo, por la igualdad social y racial. Sin duda, una Cuba independiente, diferente y más justa, hubiese emergido. Verdaderamente, el encuentro de los dos líderes en La Mejorana fue un momento decisivo para la historia de Cuba.